

El por qué de un NO reduplicativo

Por **RAFAEL GAMBRA**

Son muchas las razones que se esgrimen para que se responda con un NO rotundo al proyecto de Constitución. Se apoyan en la fe, en el horror, en la patria que tan maltrecha saldría. Se dirigen al católico, al hombre de honor, al español, a la sensatez de cada uno. El más fuerte es aquel que pone de manifiesto su ignorancia de Dios, su ateísmo, y que nada puede ser bueno si se prescinde de Dios, si se le quita de donde estaba.

Sin embargo, al aconsejar que se vote no a ESTA Constitución, se omite una razón que es primaria, previa y principal, en cuya virtud las otras —por muy altas y sagradas que sean— lo serán «a mayor abundamiento».

A la Constitución ha de votarse NO por el mero hecho de ser Constitución. Ningún católico, ningún creyente, puede asentir a una Constitución —a cualquier Constitución—, máxime cuando se trata de implantarla allá donde no existía.

Trataré de explicarlo. Esta Constitución ignora el Santo Nombre de Dios y, con El, la ley divina en que debe inspirarse toda ley y norma de gobierno. Pero, aunque la Constitución comenzase con una afirmación expresa de catolicidad, también tendría que ser rechazada por un católico. Así, la primera Constitución que se inventó en España —la de 1812— se decía: «La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera. La nación la protegerá por leyes sabias y justas y prohibirá el ejercicio de cualquier otra (art. 12).» Y, sin embargo, nuestros mayores la rechazan como impía y sediciosa, y se alzaron en armas cuando quiso ser impuesta por la traición del coronel Riego (1820) en la guerra llamada precisamente «de la Constitución». Las posteriores guerras llamadas carlistas, y aún el Alzamiento de 1936, tuvieron, en su fondo, aquella misma motivación. El régimen que nació de la victoria nacional dictó unas Leyes Fundamentales no una Constitución.

¿Por qué? Simplemente porque la Constitución es un concepto —y una institución jurídica— que nació de la Convención (en la Revolución Francesa), y se concibe como acto constituyente de la nación, emanado de la soberanía nacional o *voluntad general*. Esta

soberanía social o voluntad popular sustituyen, a partir de la revolución, a la «gracia de Dios», a Dios mismo, como principio y fundamento de la legislación y del orden político. Cuanto en una Constitución se escriba se hace como emanado de una convención o acuerdo de voluntades humanas, nunca como reconocimiento de algo que existe por sí y que trasciende a esa voluntad humana. La propia afirmación de catolicidad del Estado —e incluso de unidad religiosa— significaba en anteriores Constituciones, no un renacimiento de la existencia de Dios y de su ley, sino parte de la voluntad general en su expresión constituyente.

La Constitución renace ahora como consecuencia obligada del retorno a la teoría de la voluntad general y del régimen democrático-liberal que resultó vencido y anulado en 1936-39 por la fe católica y el tradicionalismo político de los combatientes nacionales. Para esto ha sido preciso un *golpe de Estado*, que, por realizado por los propios herederos y beneficiarios del Estado nacional revisa el carácter de alta traición.

Tengo ante mis ojos el texto preciso que consumó ese golpe de Estado —a título de «Reforma política»— y del que deriva todo lo demás, la pérdida de la unidad nacional, la Constitución ahora elaborada, y lo que vendrá. Para mayor sarcasmo está editado por las «Ediciones del Movimiento». Se trata de la Ley 1/77 de 4 de enero, sometida a referéndum. En su primer artículo se dice: «La democracia en el Estado español se basa en la supremacía de la Ley, *expresión de la voluntad soberana del pueblo*.» Lo firma uno de los más conspicuos falangistas, de los más encumbrados por el régimen de Franco y uno de los más ardorosos defensores de éste mientras mandaba, el señor Fernández Miranda, presidente a la sazón de las Cortes.

Que esta Constitución sea, además de Constitución liberal, atea, divorcista, propiciadora del aborto, disolutiva de la Patria, pro-comunista... es a «mayor abundamiento». Y consecuencia lógica de su progenie, de su gestación y de quienes la amamantaron. De aquí que nuestra respuesta deba ser un NO reduplicativo, un NO con la papeleta abierta.